

De las grandes a las pequeñas preguntas, y ¿viceversa?

Medio siglo de economía del desarrollo a propósito de la traducción de *La Gran Divergencia* de Kenneth Pomeranz

Pablo Álvarez-Aragón

Universidad de Bolonia

La reciente aparición en castellano de *La Gran Divergencia* de Kenneth Pomeranz¹ devuelve al debate público una de las preguntas más antiguas y ambiciosas de las ciencias sociales: ¿por qué la Revolución Industrial ocurrió primero en Inglaterra y no en el delta del Yangtsé, que a finales del siglo XVIII tenía niveles de productividad, esperanza de vida y consumo comparables? La pregunta no es un ejercicio contrafactual: detrás está la cuestión de fondo que ha obsesionado a la economía desde Smith y Marx hasta Diamond, Mokyr, Acemoglu y Robinson: ¿por qué hay países ricos y países pobres, y qué podemos (si podemos) hacer al respecto?

Ese tipo de preguntas —grandes, históricas, comparativas— era el terreno natural de la economía del desarrollo cuando nació como subdisciplina tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy, en cambio, la mayor parte de la investigación publicada en las revistas de referencia estima el efecto causal de una intervención concreta (por ejemplo, un subsidio, la instalación de mosquiteras, un programa de desparasitación) en un resultado concreto. Este artículo es una invitación a entender ese desplazamiento.

De la macro a la microeconomía del desarrollo

La economía del desarrollo de los años cuarenta a setenta del siglo pasado era esencialmente macroeconómica y estructural. Los «pioneros» Rosenstein-Rodan, Nurkse, Lewis, Hirschman, Prébisch o Myrdal escribían sobre acumulación de capital, dualismo agrícola-industrial, trampas de pobreza, relaciones centro-periferia o intercambio desigual. Los estudios sobre el desarrollo económico en lo que por entonces se denominaba Tercer Mundo dio lugar a una subdisciplina dentro de la economía con numerosos enfoques y escuelas. A los mencionados pioneros del desarrollo de las décadas de los cuarenta y cincuenta pronto se unirían los enfoques dependentistas y las teorías de la nueva división internacional del trabajo, resaltando tanto la importancia de la modalidad de inserción de un país en la economía mundial (los “factores externos” que determinan su mayor o menor grado de dependencia) como su articulación productiva interna y cohesión social (los “factores internos” que permitían hablar de desarrollo o de subdesarrollo en ese país).² Esa literatura, debido a su propia naturaleza, estaba obligada a escapar de la camisa de fuerza walrasiana característica de la economía ortodoxa: rendimientos constantes, competencia perfecta, información completa e instituciones neutrales eran supuestos poco útiles para pensar sobre

¹ *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, fue publicado originalmente en el año 2000 por Princeton University Press. En octubre de 2024 aparece la edición en castellano de Arpa Editores.

² Sobre las distintas corrientes de la economía del desarrollo, el lector en castellano puede consultar Pablo Bustelo, *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*, Editorial Síntesis, Madrid, 1998. Y sobre la pluralidad interna del enfoque de la dependencia, Gabriel Palma, *La teoría de la dependencia. Una revaluación crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

economías fundamentalmente agrarias con mercados incompletos en contextos de acelerada modernización interna y progresiva inserción en los mercados internacionales.

Los años ochenta y noventa trajeron un doble movimiento. Por un lado, el Consenso de Washington y el auge del neoliberalismo recondujeron la economía del desarrollo hacia la teoría neoclásica, acentuando el énfasis en la importancia de la estabilización macroeconómica, la liberalización comercial o la privatización de la tierra. Por otro, y paradójicamente, la propia teoría neoclásica se estaba reformando, dando lugar a la emergencia de modelos con información asimétrica, contratos incompletos o equilibrios múltiples. De este modo, modelos que hasta entonces habían estado ausentes en las discusiones sobre países en desarrollo encontraron en estos su laboratorio natural.³ A esta ola se sumó una generación de teóricos centrados explícitamente en el mundo en desarrollo: los modelos de tenencia agraria e instituciones rurales de Bardhan (1984),⁴ de desigualdad de poder y contratos coercitivos de Basu (1986),⁵ de elección ocupacional y desigualdad de riqueza de Banerjee y Newman (1993),⁶ o las trampas de pobreza nutricionales de Dasgupta y Ray (1986).⁷ La economía del desarrollo dejaba de esta forma de pertenecer a la periferia de la disciplina, haciéndose hueco en el centro. Con este giro, la disciplina se “microeconomizó”: el cercamiento de tierras, el racionamiento de crédito o las instituciones informales dejaban de ser anomalías exóticas para convertirse en el núcleo de un nuevo programa de investigación en teoría económica.

La ruptura vino después, y fue metodológica. A partir de los trabajos de Banerjee, Duflo y Kremer (y del Abdul Latif Jameel Poverty Action Lab fundado en el MIT en 2003) los ensayos controlados aleatorizados (RCT) se convirtieron en el modelo a seguir. La promesa era poderosa: abandonar las correlaciones a favor de la comparación limpia entre grupos de tratamiento y grupos de control. La concesión del Premio Nobel de Economía, otorgado del Banco Nacional de Suecia, del año 2019 a Abhijit Banerjee, Esther Duflo y Michael Kremer por su enfoque experimental para aliviar la pobreza global selló el cambio.

Las preguntas de Pomeranz, Lewis o Prébisch dejaron de plantearse, no porque se hubieran resuelto, sino porque no eran experimentalmente tratables. Y, sin embargo, ejercicios como el de Pomeranz —comparar dos regiones igualmente prósperas en 1750 para aislar qué las separó después— siguen siendo insustituibles: permiten poner a prueba hipótesis sobre causas últimas (geografía, instituciones, acceso a recursos coloniales) que operan a escalas de siglos y continentes, precisamente allí donde ningún experimento aleatorizado puede llegar. Más aún, solo ese tipo de

³ George A. Akerlof (1970): «The Market for “Lemons”, Quality Uncertainty and the Market Mechanism», *Quarterly Journal of Economics*, 84(3), 488–500. Joseph E. Stiglitz (1974): «Incentives and Risk Sharing in Sharecropping», *Review of Economic Studies*, 41(2), 219–255. Joseph E. Stiglitz y Andrew Weiss (1981): «Credit Rationing in Markets with Imperfect Information», *American Economic Review*, 71(3), 393–410. Paul M. Romer (1986): «Increasing Returns and Long-Run Growth», *Journal of Political Economy*, 94(5), 1002–1037.

⁴ Pranab K. Bardhan (1984): *Land, Labor, and Rural Poverty: Essays in Development Economics*, Columbia University Press.

⁵ Kaushik Basu (1986): «One Kind of Power», *Oxford Economic Papers*, 38(2), 259–282.

⁶ Abhijit V. Banerjee y Andrew F. Newman (1993): «Occupational Choice and the Process of Development», *Journal of Political Economy*, 101(2), 274–298.

⁷ Partha Dasgupta y Debraj Ray (1986): «Inequality as a Determinant of Malnutrition and Unemployment: Theory», *Economic Journal*, 96(384), 1011–1034.

mirada de largo plazo permite preguntarse por qué unas sociedades —a través de sus universidades, agencias de cooperación, gobiernos— llegaron a estar en condiciones de diseñar las intervenciones de política pública y desarrollo (RCTs incluidos) que otras se limitan a recibir.

Tensiones en el seno de la disciplina y el giro interdisciplinar: mirar las sociedades en sus propios términos

La revolución empírica generó malestar dentro de la disciplina, captado perfectamente en el simposio que Ravi Kanbur coordinó en 2005 con Dilip Mookherjee, Pranab Bardhan, Kaushik Basu y Abhijit Banerjee.⁸ La objeción era sencilla: un RCT mide el efecto de X sobre Y en un contexto específico, pero sin teoría no sabemos por qué funciona, qué mecanismos activa ni, sobre todo, si los resultados se pueden extrapolar a otro lugar. La crítica de Rodrik (2008) va en la misma dirección:⁹ la validez externa de un experimento no está garantizada por su validez interna, y la «evidencia dura» es a menudo dura solo para la pregunta exacta que se aleatorizó, no para la pregunta de política que de verdad importa.

Además de la denuncia de la falta de teoría económica tras ejercicios puramente estadísticos, una parte de la profesión empezó a reaccionar frente a la estrechez metodológica de los experimentos aleatorios volviendo a mirar las grandes preguntas, pero esta vez a través de puertas ajenas a la economía.

Desde esta perspectiva se critica que los RCTs, aunque útiles, asumen que las relaciones causales son universales y transportables, haciendo que el contexto local se considere irrelevante. Además, debido a las estructuras de poder existentes y a las desigualdades de oportunidades, los académicos locales a menudo quedan fuera del proceso de investigación, siendo investigadores del Norte Global los que se encargan de la evaluación de impacto.

Sin embargo, la evidencia acumulada de que el contexto local (determinado históricamente) es crucial no solo para entender las trayectorias socioeconómicas de las sociedades sino también para el éxito o fracaso de la política económica es demasiado abrumadora como para poder ignorarse.¹⁰ Por eso, ciertos economistas del desarrollo enfatizan la importancia de la historia y de las condiciones locales, intentando mirar a las sociedades desde dentro. Pongamos algunos ejemplos: los programas médicos coloniales en el África ecuatorial francesa siguen siendo responsables hoy del rechazo a las vacunas;¹¹ el éxito o fracaso de un programa de construcción de escuelas en

⁸ En mayo de 2004 se celebró en la Universidad de Cornell la conferencia *75 Years of Development Research*, en conmemoración del 75 aniversario del clásico de Allyn Young sobre rendimientos crecientes. Junto a los paneles habituales, varias sesiones hicieron balance del estado de la economía del desarrollo y de sus debates metodológicos. Una intervención de Dilip Mookherjee —«Is There Too Little Theory in Development Economics Today?»— fue circulada tras la conferencia entre destacados economistas allí presentes, dando lugar a respuestas de Pranab Bardhan, Kaushik Basu y Abhijit Banerjee, y a un comentario final de Ravi Kanbur, que asumió además la coordinación del conjunto. Los cinco textos se reunieron en: Abhijit Banerjee, Pranab Bardhan, Kaushik Basu, Ravi Kanbur y Dilip Mookherjee (2005): «New Directions in Development Economics: Theory or Empirics? A Symposium in Economic and Political Weekly», *Economic and Political Weekly*, 40(40).

⁹ Dani Rodrik (2008): «The New Development Economics: We Shall Experiment, but How Shall We Learn? », *HKS Working Paper RWP08-055*, Harvard Kennedy School.

¹⁰ Nathan Nunn (2019): «Rethinking Economic Development», *Canadian Journal of Economics*, 52(4), 1349–1373.

¹¹ Sara Lowes y Eduardo Montero (2021): «The Legacy of Colonial Medicine in Central Africa», *American Economic Review*, 111(4), 1284–1314.

Indonesia y Zambia depende de una costumbre —el precio de la novia— que ningún economista «de fuera» habría pensado incluir;¹² la Revolución Verde fracasó en Bali porque rompió el sistema religioso-ecológico de los *subak* sin entenderlo;¹³ en la misma línea, Nunn y Wantchekon muestran que los niveles actuales de confianza interpersonal en África se explican en parte por la intensidad con la que los antepasados de cada grupo étnico fueron víctimas de la trata transatlántica e índica de esclavos.¹⁴ La fertilidad ofrece un caso especialmente revelador: donde prevalece la noción de que «la riqueza está en las personas»,¹⁵ ofrecer anticoncepción gratuita tiene un efecto prácticamente nulo sobre la fertilidad,¹⁶ contradiciendo el supuesto —común a décadas de intervenciones diseñadas fuera del continente— de una demanda insatisfecha masiva de planificación familiar. Butinda, Lameke, Nunn, Posch y Sánchez de la Sierra (2023) ofrecen un giro aún más revelador: estudiando a vendedores de cerveza en el este de la República Democrática del Congo, documentan que estos sobreestiman sistemáticamente el riesgo de robo en sus tiendas y, en consecuencia, mantienen inventarios demasiado bajos y pierden ventas; el acceso a rituales tradicionales de protección corrige parcialmente esa percepción entre quienes creen en su eficacia y se traduce en más inventario, menos roturas de stock y mayores beneficios. Lejos de ser un obstáculo a la racionalidad económica, las creencias tradicionales pueden funcionar aquí como un dispositivo que corrige percepciones distorsionadas y mejora las decisiones de quienes las sostienen.

Este giro intenta recuperar, curiosamente, las grandes preguntas de Pomeranz y de los clásicos del desarrollo —por qué ciertas sociedades se organizan como lo hacen, qué papel juegan el colonialismo, la esclavitud, la religión o la cultura—, pero lo hace con herramientas más finas: causalidad, archivos digitalizados, trabajo de campo etnográfico y colaboración con especialistas locales. Frente al modelo de los experimentos aleatorios, estos nuevos trabajos parten de la historia, la lengua y las instituciones locales. Su contribución no es solo empírica —documentar con cuidado fenómenos que las grandes bases de datos no capturan—, sino también epistemológica: muestran que muchas de las regularidades que la economía del desarrollo daba por universales son, en realidad, herencias específicas de trayectorias históricas concretas, y que entenderlas exige tomarse en serio las categorías con las que las propias sociedades estudiadas se piensan a sí mismas.

¿Abandonar el «desarrollo»?

Aunque se ha avanzado en el intento de comprender a las distintas sociedades en sus propios términos, aún queda camino por recorrer. La economía aún debe “desaprender” el modo dominativo desde el cual ha definido sus preguntas: en lugar de imponer las categorías occidentales

¹² Nava Ashraf, Natalie Bau, Nathan Nunn y Alessandra Voena (2020): «Bride Price and Female Education», *Journal of Political Economy*, 128(2), 591–641.

¹³ J. Stephen Lansing (1991): *Priests and Programmers: Technologies of Power in the Engineered Landscape of Bali*. Princeton University Press.

¹⁴ Nathan Nunn y Leonard Wantchekon (2011): «The Slave Trade and the Origins of Mistrust in Africa», *American Economic Review*, 101(7), 3221–3252.

¹⁵ Pablo Álvarez-Aragón (2025): «Paths to the Rainforests: Ancestral Beliefs and Fertility in Sub-Saharan Africa», *Working Paper* y James A. Robinson (2026): *Wealth in People* (en preparación).

¹⁶ Pascaline Dupas, Seema Jayachandran, Adriana Lleras-Muney y Pauline Rossi (2025): «The Negligible Effect of Free Contraception on Fertility: Experimental Evidence from Burkina Faso», *American Economic Review*, 115(8), 2659–2688.

—Estado, mercado, propiedad, corrupción— a sociedades que funcionan con otras lógicas, se trata de replantear las preguntas que el contexto mismo ofrece. La economía resultante debe dialogar con la historia, la antropología evolutiva,¹⁷ la sociología política¹⁸ o la etnografía comparada.

Una buena manera de comenzar podría ser cuestionar los términos más básicos de la disciplina: la propia noción de «desarrollo» es un concepto forjado en el período colonial y de posguerra, que plasma la idea de un Norte que dictamina hacia dónde debe ir el Sur. No es una tarea nueva. Desde hace algunas décadas, la corriente del postdesarrollo —heredera de la crítica postestructuralista— viene cuestionando este marco.¹⁹ Su tarea no consiste en cómo alcanzar el “desarrollo”, sino más bien en cuestionar la forma en que habían sido definidas las sociedades de Asia, África y América Latina como «subdesarrolladas» —y, por tanto, necesitadas de desarrollo— en primer lugar. Examinado como discurso, el desarrollo aparece menos como un objetivo neutro que como un dispositivo que impone categorías, acota lo pensable y justifica un aparato institucional ajeno a la realidad cultural y social del país intervenido. Puede que el verdadero salto intelectual de los próximos años no consista en averiguar «lo que funciona» a través de la evaluación de intervenciones concretas y a menudo diseñadas desde fuera, sino en preguntarse quién decide qué significa funcionar y aprender de sociedades que no se dejan medir bien con los indicadores habituales.

El trabajo de Pomeranz ofrece, en ese sentido, más de lo que suele leerse en él. Su aportación decisiva no fue empírica sino epistemológica: obligó a la disciplina a descentrar su mirada, a dejar de tomar Inglaterra como vara de medir y a preguntarse qué habría visto un economista que hubiese partido del otro lado del mapa. Ese gesto —suspender las categorías propias para tomarse en serio las del otro— es precisamente el que la nueva economía del desarrollo debería intentar realizar. La traducción de Pomeranz llega, por eso, en un momento oportuno. Nos recuerda que la economía del desarrollo nació preguntándose cosas enormes y que, tras décadas de miniaturización empírica, algunos de sus mejores investigadores están volviendo a ellas —pero ya no desde el centro, sino desde la periferia, y en compañía de antropólogos, historiadores e informantes locales. No es poca cosa.

¹⁷ Joseph Henrich (2016): *The Secret of Our Success: How Culture Is Driving Human Evolution, Domesticating Our Species, and Making Us Smarter*, Princeton University Press.

¹⁸ James C. Scott (1998): *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, Yale University Press.

¹⁹ Arturo Escobar (2005): «El “postdesarrollo” como concepto y práctica social», en Daniel Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 17-31.